

EL PORVENIR

SEMENARIO CARLISTA

Franqueo concertado.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Cuatro pesetas
año.—Número suelto, 5 céntimos.

SE PUBLICA LOS JUEVES

ANUNCIOS á precios económicos.

Pago adelantado.

Administración: Calle de la Lechuga, núm. 13.

Por ajuste de trimestres se hará el 10 por 100
de rebaja.

Erudimini, qui iudicatis terram.

(PSALM. 2, v. 10).

Una vez más nos disponemos los cristianos á conmemorar los misterios sublimes de la redención humana, hecha al precio inestimable de la sangre del Hijo de Dios, y una vez más hemos de inspirarnos en esa fuente inagotable de enseñanzas.

Veinte siglos hace que el Divino Nazareno fué exaltado entre los cielos y la tierra para pagar con su vida la deuda que la humanidad contraera á causa de la primera rebelión de los hombres, y durante ese tiempo vienen los cristianos postrándose ante la Cruz redentora para confesar su fe, su amor y su adhesión al bienhechor insigne.

«No queremos que reine sobre nosotros», había dicho el pueblo deicida; pero ese grito, esa rebelión insensata, que repudia por sugestión el señorío de la grandeza natural del talento y de la virtud, confirmados con la mansedumbre y el milagro; esa protesta comprada á la ignorancia de las turbas con el oro robado ó mal ganado con el uso y el abuso de la vestidura sacerdotal ó del magistrado, no impidió que hombres de todos los países, gentes de todos los tiempos, generaciones y más generaciones proclamaran á Cristo, en todas las lenguas, Rey inmortal de los siglos. Los pueblos, las ciudades, las naciones y los imperios, los príncipes y los reyes, los humildes y los magnates, los individuos y las multitudes de veinte centurias á esta parte rindieron al Divino Ajusticiado homenajes fervientes, pleno vasallaje, rendida pleitesía como Soberano único y absoluto sobre todas las potestades terrenas.

Y es que el desinterés, la abnegación y el sacrificio convencen, arrastran y subyugan, y si llega á tal extremo la negación de sí mismo que la propia vida no es obstáculo para salvar á otros, cada gota de sangre generosamente vertida inflama de tal modo el pecho que, consumiendo apetitos, pasiones y miserias, prepara los corazones para ofrendarlos desde luego sin distingos ni reservas á quien de manera tan sublime supo conquistar dichas pérdidas.

Por eso el instrumento del suplicio, la Cruz, es hoy el trono más inmovible de la realeza, y la humanidad entera mira lo que antes significaba ignominia, como signo de redención ó como cifra de amores divinos, y la coloca sobre las cunas de los que nacen ó sobre las tumbas de los que fueron, al frente de los caminos, en los chapiteles de las torres, en el interior de los domicilios... ó la pone sobre el pecho como símbolo de honores y de extraordinarias grandezas. Los Reyes remataron en ella sus diademas para indicar que aun sobre sus solios está el trono de donde nace toda autoridad, y los co-

razones cristianas son hoy otros tantos pedestales que sostienen la bendita insignia ante la cual rinden sumisas las potencias de sus almas.

No hemos de hacer ahora un estudio de las luchas atizadas por el enemigo de Dios y de los hombres para impedir que la humanidad

la humanidad caída cuanto pudo y cuanto tuvo para levantarla, y si algo pidió, ni fué la cuna para nacer, ni el pan cotidiano para vivir, ni lecho en que cerrar sus ojos, pidió la cordura de los espíritus, el allanamiento posible en las diferencias sociales, la fraternidad de los hom-

todo á todos, enseñando á los altos la templanza para gobernar y la sumisión razonada á los de abajo.

No así en los reinos de la tierra, en los que la intranquilidad y la zozobra hacen trepidar las mentes de los que mandan y ponen convulsos á gran parte de los que obedecen, desterrando la paz y la armonía que buscan los hombres en las grandes agrupaciones sociales para hacer más placida la vida, subviniendo á sus múltiples necesidades.

Por eso aquí no hay abnegaciones ni sacrificios; imperan los egoísmos y las pasiones; los de arriba, atentos sólo á sus conveniencias, subyugan y esquilman á los de abajo, á la vez que preparan ó acechan éstos la ocasión de hacer ver á los otros cuán insensato es no ordenar las cosas según los intereses generales y no amoldar las exigencias á las fuerzas de los que han de soportar las cargas. No hay fusión de pensamientos, ni influyen en todos los mismos amores, siendo por lo contrario frecuente que choquen entre sí los apetitos y lleguen á odiarse los que pusieron en el mismo objeto sus concupiscencias, fiando á la violencia la solución de los conflictos.

Así los reinados humanos son más pasajeros, mientras que el imperio de Cristo ve pasar ante sí reinos que se desmoronan, tronos que se derrumban, instituciones que fenecen, fronteras que se borran y pueblos que se extinguen.

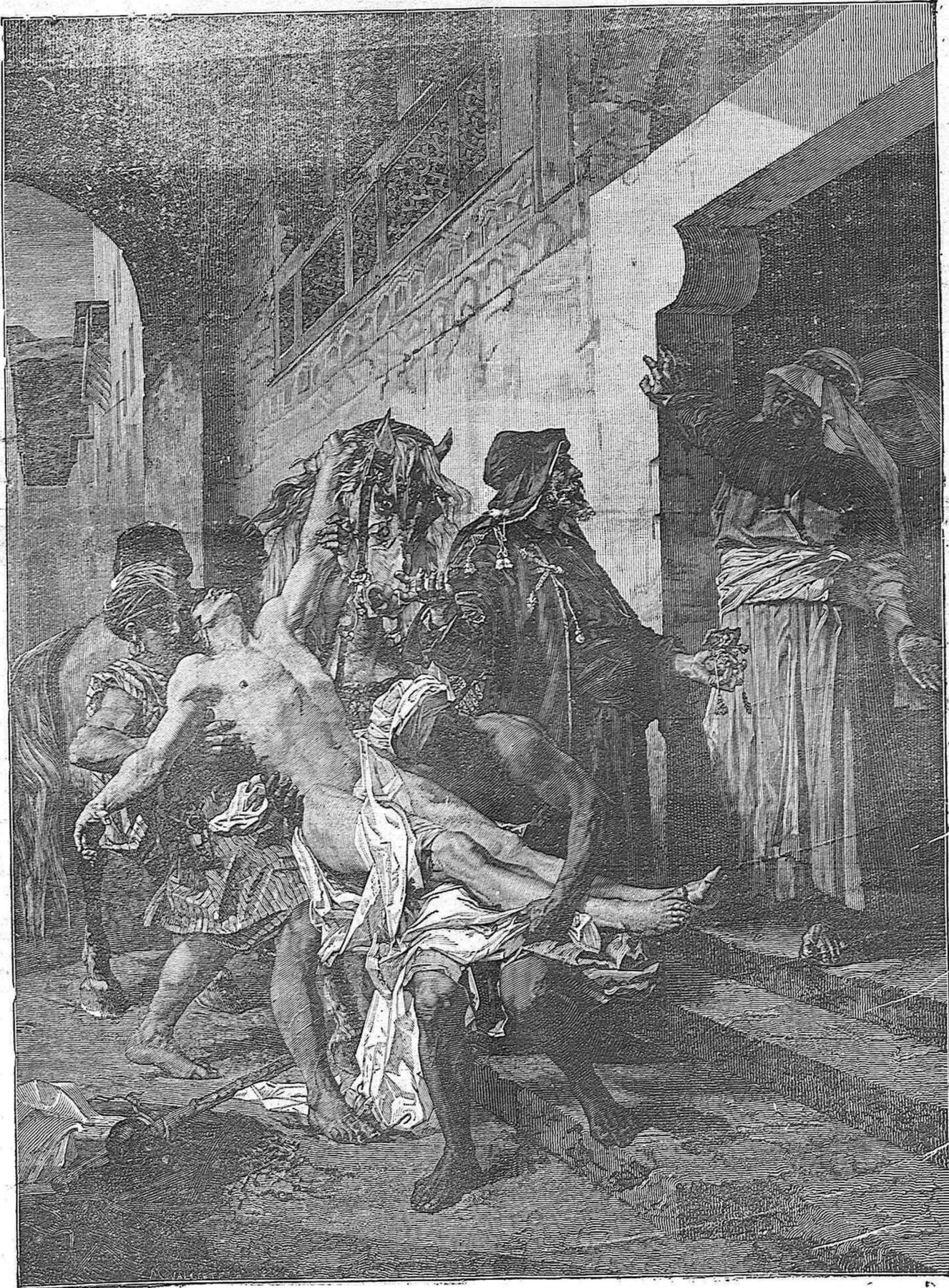
Si los que imperan calcaran sus gobiernos en las enseñanzas divinas y dirigieran á sus súbditos por los caminos trazados por el dedo de Dios, y en vez de convertirse en tiranos ejercieran el oficio de padres, sacrificándose por aquellos sin los cuales sería nula su realeza, recibirían homenajes sinceros y testimonios públicos del amor que supieran crear en el corazón de sus pueblos.

Las grandezas no vienen de la fuerza, ni la majestad es engendrada por el fausto, sino que más bien el poder y los honores son atributos de las altas jerarquías y en éstas la nobleza del corazón y la rectitud de las intenciones deben ser paralelas á los títulos en que se funde la elevación de los linajes.

Cristo, para triunfar, no sólo se anonadó hasta confundirse con los humildes, sino que se dió por ellos, se sacrificó por ellos, por ellos ofreció su vida y derramó su sangre, sin buscar otra cosa que proporcionarles la dicha que perdieron. ¿Existe algún soberano, algún príncipe, algún gobierno que le imite en su desinterés, en su generosidad espléndida y en sus afanes por el bien público? No debo contestar. Cristo Jesús es el libro abierto por Dios para enseñanza del mundo, y los que al mundo han de regir son los primeros obligados á conocer las enseñanzas que el libro de Dios contiene.

Erudimini, qui iudicatis terram.

Almodóvar.



proclame la soberanía del Crucificado; es cierto que cada combate señaló á su favor una victoria y los vaivenes sociales sólo sirvieron para que imponentes y fervorosas multitudes entonan himnos y loores á la Majestad excelsa del Cristo, que asentó su reino en purísimos ideales que fusionan las almas hasta el punto de que en todos domine el mismo pensamiento y sean idénticos los más caros afectos.

Era forzoso que sucediera así: no fué ni es de medro personal el reinado de Cristo, dió á

berano, algún príncipe, algún gobierno que le imite en su desinterés, en su generosidad espléndida y en sus afanes por el bien público? No debo contestar. Cristo Jesús es el libro abierto por Dios para enseñanza del mundo, y los que al mundo han de regir son los primeros obligados á conocer las enseñanzas que el libro de Dios contiene.

El Encuentro en la Calle de la Amargura.

Entre sayones y escribas
y ferreos hijos de Marte,
que tiranos de la tierra
dan su bandera á los aires,
con paso trémulo y lento
marcha Jesús anhelante,
llevando sobre los hombros
la enseña de los pesares.
Coronado va de espinas,
crúel diadema de ultrajes,
que le ensangrientan el rostro
que es recreo de los ángeles.
Heridas lleva en la espalda
que se cierran y se abren,
con el peso de la cruz
á los nerviosos arranques.
La curiosa muchedumbre
llena la torcida calle,
y le sigue y va pisando
los regueros de su sangre.
No hay compasión en el pueblo,
ni valor en los leales,
ni perezosa en los verdugos,
ni piedad en los cobardes.
Y el Justo camina al Gólgota,
entre burlas y donaires,
y el inocente cordero,
entre hienas y chacales,
mientras al aire flamea,
cada vez más alto y grave,
triunfador y esplendoroso,
el pretoriano estandarte.
De pronto, el pueblo iracundo
con mil protestas se abre,
como nubes de tormenta,
que ante la luna hacen calle,
y ante Jesús aparece
náufraga abatida nave
que el puerto amigo codicia,
su Madre, su propia Madre.
A vista del Santo Hijo
se le secan los raudales
de lágrimas, que se esconden
ante el dolor inflexible.
Y aquel llanto de amargura
que de sus ojos no sale,
como un río despeñado
dentro de su pecho cae.
Quiere hablar, y las palabras
que del corazón le nacen
á los golpes de la pena
se quiebran, como cristales.
Quiere abrazarle, y los brazos
hoy levantarse no saben.
No quiere mirarle, y mira,
porque es abismo que atrae;
y viendo de la hermosura
del Hijo apenas señales,
con el alma, que se asoma
á los ojos, dice al Mártir:
—¿Eres tú, Jesús?

—Yo soy.

—¿Qué nublada tu rostro?

—Sangre.

—Sangre vertida inocente.

—Pero es precio de un rescate.

—Para que el mundo redimas
con una gota es bastante.

—No es amor el que tú solo
de la vida da una parte.

—¡Oh amor que Tú nos enseñas....

—El es imán que me atrae,
pues á tus mismos verdugos
perdono yo sus crueldades.

—¿Eres Tú el hijo nacido
entre arrullos de los ángeles,
cánticos de los pastores,
y orientales homenajes?

—¿Cómo á morir va la vida
y á extinguirse el sol que sale
y el mar que todo lo llena
tan de repente á secarse?

—¿Quién hizo afrenta á tu rostro
que era gala de los valles,
y donde yo mis caricias
puso iracundos ultrajes?

—¿Quién te mesó los cabellos,
que fueron los manantiales
de donde nacía el oro,
cuando flotaban al aire?

—¿Qué llevas en la cabeza?

—¿Qué en los hombros, que espantable
ni aun huelgo deja á tus labios
y es tu paso vacilante?

—Dame esas fieras espinas,
esa Cruz horrible dame;
yo la llevaré al Calvario,
como una carga suave.

—Porque en el alma la llevas
á mí me parece grande.

—En ella morir yo quiero,
y ya tu martirio basta.

—No basta á mí amor la lucha,
si no muero en el combate.

—¿Morir Tú, que eres la vida?

—Paso, mujer.

—¡Hijo!

—¡Madre!

—Así se hablaban los ojos
que son del amor lenguaje,
dándose bríos y alientos
en medio de aquel desastre,

cuando vino la ola humana
con ímpetu audaz, salvaje,
que no mira á dónde llega,
y separó á los dos Mártires.

Francisco Jiménez Campaña.
(De las Escuelas Pías).

Sombras trágicas.

Quando se ha cometido un gran crimen, la sed innata de justicia que todos sentimos nos impele á desear una reparación condigna del orden violado.

Por esto la Magdalena, á los pies del Salvador, nos conmueve; las lágrimas sinceras y ardientes de San Pedro nos parecen admirable compensación de un momento de debilidad, y el arrepentimiento del buen ladrón nos hace olvidar al saltador de caminos para no ver más que al hombre de corazón humilde que desde lo alto de una Cruz conquista un puesto en el Paraíso.

Pero en la pasión de Cristo hubo culpables en cuyos corazones rebeldes no tuvo entrada

muerte de Jesús, le desposeía de su cargo de Sumo Sacerdote.

Herodes.

Menos culpable que Anás y Caifás, tuvo todavía gran parte en los tormentos de Jesús. En su palacio fué tratado de loco quien era la sabiduría misma, y revestido con vestidura de burlas el que era soberano Rey....

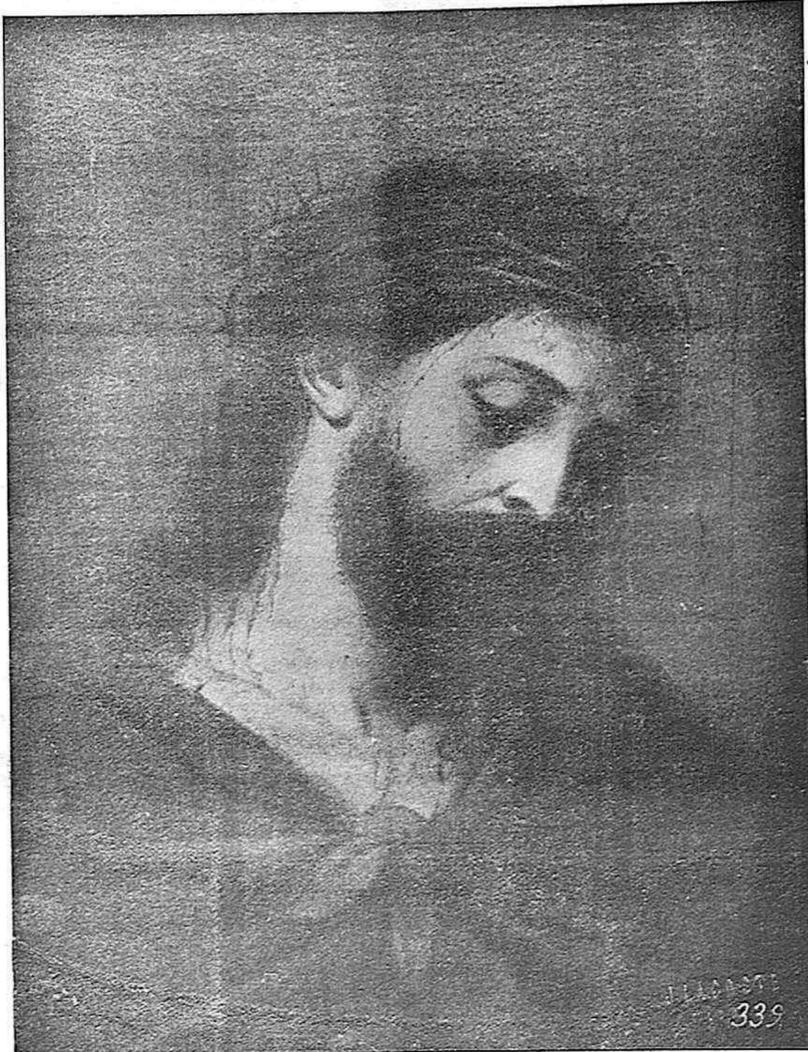
En realidad Herodes no era más que uno de aquellos á quienes los romanos llamaban «beati»: amaba la vida regalada, los placeres y el poder. Las cuestiones religiosas no le preocupaban.

En busca de poder fué á Roma; pero, no reinando ya Tiberio, en lugar del ambicionado título de Rey, obtuvo.... el destierro perpetuo.

Las Galias, según unos, España, según otros, vieron sus últimos días, tristes y miserables.

Pilatos.

Ante todo, amigo del César. No le preocupaba la verdad, ni se inquietó gran cosa al condenar á Jesucristo, en el cual encontraba algo de extraordinario. Se contentó con lavarse las manos....



la contrición. Su pecado era demasiado grande, y la misericordia divina, aunque infinita, se impone á veces limitaciones á sí misma. Entonces comienza á obrar la justicia. La reintegración del orden debe llevarse á cabo mediante el castigo, y á veces Dios no espera á la hora de la muerte.

Ved, sinó, desfilar esta procesión de sombras trágicas.

Anás.

Sumo Sacerdote durante varios años, rico, poderoso, bien avenido con los placeres, árbitro de la autoridad religiosa, tomó en la pasión de Jesucristo una parte tanto más odiosa cuanto más fácil le hubiera sido permanecer alejado de aquella causa.

Su nombre se hizo odioso entre los mismos judíos, que en el Talmud escribieron estas palabras: «¡Desgraciada la casa de Anás! ¡Maldición á sus silbidos de serpiente!»

¡Rara coincidencia! La plebe, instigada por los fariseos, había pedido la muerte de Jesús, y esa misma plebe, años después, colgaba de una cruz á uno de los hijos de Anás, dándole por compañero de suplicio á otro gran Sacerdote, llamado Jesús, lo mismo que Nuestro Divino Redentor.

Sus cadáveres, insepultos, fueron pasto de perros y chacales.

Caifás.

Era Sumo Sacerdote cuando juzgó á Jesucristo. Él fué quien dirigió el proceso; el que, al oír á Jesús proclamar su divinidad, le acusó de blasfemia, rasgándose las vestiduras. Su fanatismo y sus prejuicios le impidieron conocer la verdad. Hombres como él son indignos de llegar á ella.

Sus caprichos agotaron la paciencia del pueblo, y éste, que había servido de instrumento para arrancar á Pilatos la sentencia de condenación, acudió á Vitelio, legado de la Siria, reclamando contra Caifás.

Y Vitelio, el año 36, tres después de la

Pero llegó un momento en que de nada le sirvió este expediente con tanta frecuencia imitado por otros. Un falso Mesías que no guardaba, como Jesucristo, silencio; que, en lugar de entregarse á la muerte, iba seguido de partidarios numerosos y bien armados, se levantó en Samaria. Pilatos no se distinguió por su benevolencia en la represión. Los Samaritanos acudieron á Vitelio, y éste invitó al Procurador de Judea á ir á Roma para justificarse. No lo consiguió, sin duda, por cuanto fué desterrado á las Galias, sin que por esta vez le sirviese de algo el lavarse las manos.

Judas.

¿Para qué hablar del discípulo traidor?

Quizás para él tuvo también el Divino Salvador una mirada como aquella que derritió en lágrimas el corazón de Pedro. En su alma brotó un germen de arrepentimiento; pero se secó sin llegar á florecer, agostado por los remordimientos.

Después de haber arrojado en el Templo las 93 pesetas—cifra á la cual correspondían aproximadamente los treinta dineros por los cuales había vendido al Maestro—, se ahorcó de un árbol. Quizás porque se rompió la cuerda con la violencia del golpe, quizás porque alguien la cortó, el cuerpo del traidor vino á dar en el suelo, y sus entrañas se esparcieron por la tierra. San Pedro lo dice gráficamente: «*erepuit medius.*»

El árbol estaba en aquel mismo campo que había sido comprado con el dinero de la traición para enterrar á los peregrinos ¡*Hacel dama!* ¡Campo de Sangre!

Israel.

Había aún otro gran culpable: Israel, la nación judía.

En premio de los beneficios con que Dios distinguió á su pueblo, éste le clavó sobre una Cruz.

Al pedir que sobre él cayese la sangre del Justo, firmó su sentencia. La Providencia y las legiones de Tito se encargaron de cumplirla.

Israel levantó una Cruz para su Mesías; Tito, después de destruir la Ciudad Santa y el Templo, hizo levantar tantas, que sólo terminaron los suplicios cuando faltaron los árboles y el sitio para levantar más cruces.

El Mesías estaba bien vengado por aquellos mismos romanos que habían sido los autores materiales de su crucifixión.

En cambio Israel quedaba disperso. Disperso para siempre.

Su historia quedó para siempre interrumpida en el Calvario.

Aprended, enemigos de Jesucristo y perseguidores de su Iglesia.

El Padre, así como no puede dejar de amar á su Hijo, tampoco puede dejar sin castigo á los que le persiguen.... á no ser que ellos mismos se hagan justicia, castigándose á sí mismos con la penitencia y el arrepentimiento.

Jesucristo, amando á la Iglesia, su esposa inmaculada, con amor entrañable, tampoco puede ver indiferente que se la persiga.

Su hora sonará infaliblemente.

La Iglesia tiene una doble virtud. Acercados á ella con respeto y amor y os prestará grata sombra. Perseguida y será vuestra ruina.

Como su divino Fundador, ha sido puesta «*in ruinam el resurrectionem multorum.*»

Aprended bien esto. Anás, Caifás, Herodes, Pilatos y Judas de todos los tiempos.

¡Aprended también, naciones, para que no hagáis vuestra la suerte de Israel!

A. del Espinadal.

La lanzada.

Lancea latus ejus aperuit.
JOAN. XIX. 34.

Nada hay en la historia de los siglos, ningún hecho tan transcendental, ningún acontecimiento tan importante como la Pasión de Jesucristo, nuestro Salvador, cuya memoria renueva la Santa Iglesia en estos días de fúnebre grandiosidad y de solemne tristeza. Por eso también en ningún hecho de la historia brilla con luz tan meridiana toda la verdad de aquel dicho profundo de Bossuet: *El hombre se mueve, y Dios le guía.* La libertad humana y la Providencia divina se armonizan tan maravillosamente, con tanto lujo de sabias exactitudes en el sublime drama del Calvario, que el filósofo y el historiador, el cristiano y el contemplativo no verán nunca agotado ese tema de fecundidad prodigiosa en sus meditaciones y discursos.

Quando la Sagrada Víctima es alzada en alto, espirante y desangrada, con los labios cárdenos y la frente taladrada, clavados sus pies y manos en el duro leño, sin luz sus ojos moribundos y sin fuerzas sus brazos extendidos, la perfidia y el furor judaicos se sienten satisfechos y colmada más que llena su medida. El que según ellos era impostor y embaucaba á las turbas, ganoso del homenaje popular; el que se andaba preparando un reino, ávido de honores y dominio; el que había osado proclamarse Hijo de Dios y Rey de los judíos, exhibiendo los títulos apócrifos de unos milagros y unas curaciones obradas por artes mágicas, recibió el castigo de su orgullo sacrilego y de su diabólica audacia en los insultos que se le dirigían, en el abandono en que se hallaba, en la corona que punzaba sus sienes y en los dolores que la producción la muerte. La protervia humana conseguía sus siniestros fines; pero allí mismo veíanse realizados los altísimos planes de Dios sabio y providente.

Jesucristo ha sido levantado en alto, entre el cielo y la tierra, para hacer así sensible su oficio de mediador entre Dios y los hombres; el árbol santo de la Cruz, así cargado con el fruto preciosísimo de nuestra salvación y antítesis perfecta de aquel árbol nefasto del Paraíso que produjo el fruto de nuestra perdición, es según el celebrado autor de los *Autos sacramentales*

«Iris de paz que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo»,

y los judíos que con tan insensata alegría vieron pendiente de la enhiesta cruz y exhalando su último suspiro al profeta de Nazaret, pudieron comprender que entonces como nunca se hallaba el odiado Galileo en el solemne ejercicio de sus funciones sublimes de Redentor de los hombres, puesto que así Jesús aparecía

«Cerrando angusto con el pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando al mundo»

Pero uno de los lances en que más palpablemente se ve al hombre malvado cooperando con su insano furor á los planes de Dios en la Pasión acerbísima de su Hijo, es á nuestro entender la misteriosa *lanzada* que abrió el costado sacratísimo de Jesús y perforó su corazón divino.

Muerto el Salvador breve rato después de haber sido clavado en la Cruz y libre por lo mismo del *crucifragio*, los soldados no aciertan á explicarse tanta rapidez en la muerte de Jesús. No sabían ellos sin duda que el Cordero pas-

cual se sacrificaba sin quebrantarle ningún hueso y que era Jesús el manso cordero de Dios que venía a borrar con su sacrificio los pecados del mundo. Ciego entonces de furor y exaltado hasta el delirio uno de aquellos verdugos, por si quedaba todavía algún resto de vida y sensibilidad al pacientísimo Mártir, blandiendo ferozmente su lanza, hirió cruel a Jesucristo en su costado izquierdo y traspasó su corazón, del que todavía brotaron algunas gotas de sangre y agua.

La humana ferocidad no había querido ne-



garse un cruel refinamiento de su saña y quedaba del todo satisfecha con este último golpe. También la Providencia de Dios veía cumplidos con riguroso escrupulo aquellos eternos planes de caridad ardentísima y de heroicos amores que movieron al Verbo en los esplendores de su gloria a tomar sobre sí la sublime empresa de redimir a los hombres. No pudo la infinita bondad de Jesucristo reservarse una sola gota de aquella sangre preciosísima que había resuelto derramar por nuestro rescate, por nuestra salvación. Por eso la buscó en su misma fuente, en su manantial primitivo y último refugio, en el plácido remanso de su corazón agonizante, y le abrió ancha puerta con la lanza de un soldado. Así podrían convenirse los hombres desagradecidos de la infinita caridad de aquel corazón cuya palpitación posteriora había sido, como su primer latido, un acto de amor heroico hacia ellos, de aquel corazón que se sacrificaba por el bien de la humanidad hasta saltar, como frágil vaso de alabastro, roto en pedazos a la violencia de sus atroces sufrimientos. Así podían convencerse los hombres incrédulos, rebeldes, los espíritus cavilosos y heréticos, de que esos dos grandes Sacramentos, el del agua y el de la sangre, el Bautismo y la Eucaristía, han salido del corazón de Jesucristo, muerto por nuestra vida. Y así, finalmente, para no ser más extenso, la filosofía y la historia, la ciencia y la fe, podrán convencerse plenamente, quedar para siempre persuadidas, con el rotundo argumento de esa misteriosa *lanzada*, de que el misterio inefable de la Resurrección, piedra angular y base incommovible de todo nuestro Credo, no es el despertar de un sueño, el volver de un síncope, el sacudimiento de un letargo ó de una catalepsis, sino el tránsito divino, el pasar milagroso de una muerte cierta é innegable á una vida inmortal y gloriosa.

J. J. Manzanares, Pbro.

Alcázar de San Juan, Abril, 1912.

¡Siempre lo mismo!

La ola del encono contra Jesús iba creciendo de día en día, mejor dicho, estaba tan hinchada que sólo se esperaba que estallara con ruido estrepitoso. Los fariseos, sus enemigos declarados, no omitían ocasión ni pretexto para acusarle. Veían la sublimidad de su doctrina, sus prosélitos y el entusiasmo con que el pueblo le seguía.

No podían sufrir en paz que un jovencuelo nazareno enseñase una doctrina nueva que echara por tierra sus prácticas y las ceremonias legales de la Sinagoga. No podían resistir que este nazareno les descubriese su soberbia y doblez, poniéndolos en evidencia ante los suyos.

De aquí que su corazón estuviese ardiendo en vivos deseos de venganza; que no tuvieran sosiego hasta no ver desaparecer al objeto de su encono; que mutuamente se echasen en cara su cobardía por la tardanza en realizar su satánico proyecto.

Bien manifiesto era este su disgusto cuando, reprochándose los unos á los otros, se preguntaban: «¿No veís que no adelantamos nada? ¡Mirad cómo todo el mundo se va en pos de él!»

Veinte centurias van pasadas desde que los enemigos de Cristo se conjuraron para perderle, y todavía continúan usando los mismos procedimientos y moviéndose á impulsos de la misma satánica rabia. Un doble objeto exalta su furor: Cristo y su Iglesia.

Con toda la astucia que el demonio les sugiere no pueden destruir una obra que salió de las manos de su Divino Fundador con el carácter de *perpetuidad*. Se afanan en balde en socavar sus cimientos negándole la excelencia y divinidad de su doctrina, porque de sus mismos

labios hemos oído esta afirmación: «Nunca hemos oído hablar á hombre como habla este hombre».

Inútilmente se esfuerzan en afeor su rostro de santidad con el cieno de las imputaciones calumniosas y supuestos hechos vergonzosos, porque está contra ellos su propio testimonio: «Bendito el que viene en nombre del Señor». En vano trabajan en sustituir el alma espiritual y altísima de esta Iglesia, la Caridad, por un principio material y humano, la fría y estéril filantropía, que sólo puede acallar los gemidos del cuerpo, porque el hombre tiene otras necesidades que no se satisfacen con pan.

Y cuando agotados todos los recursos, reducidos á su impotencia contemplan con diabólico furor el curso majestuoso, inalterable y progresivo de la Iglesia, ciegos, obstinados en no reconocer su origen divino y la imposibilidad de que prevalezcan contra ella las puertas del infierno, se echan en cara su cobardía, se reprochan su falta de diligencia y celo en deshacerse de la causa de su descrédito y repiten con los judíos: «¿No veís que no adelantamos nada? ¡Mirad cómo todo el mundo se va en pos de ella!»

Es una ley física que los cuerpos, colocados en la pendiente de un plano inclinado, no cesan en su movimiento hasta que llegan á su centro. Una cosa igual ocurre con las pasiones humanas.

Despechados los escribas y fariseos con la entereza del Salvador y la conducta del pueblo imparcial y agradecido que le seguía, se resolvieron á dejar los procedimientos inconcisos, aunque innobles, observados hasta entonces y apelar á la violencia, ejecutando el más inaudito atropello para deshacerse de una vez del objeto de sus iras.

Mas era preciso cubrir las apariencias; pérdidas y engañosos echaron sobre sus maquiavélicos instintos el velo del celo justo y santo por la ley, y desde entonces asediaban al Redentor con capciosas preguntas, que de algún modo pudieran ser irrespetuosas para Dios ó el César y delatarlo á los Tribunales como reo de lesa Majestad, cogido infraganti. La sentencia inicua, fundada en motivos falaces, cubriría sus intenciones ante el pueblo, y entre otras le hicieron esta pregunta: «¿Es lícito pagar el tributo al César?»

También esta estudiada y fraudulenta pregunta se nos dirige á los católicos hoy día por nuestros irreconciliables liberales. Enemigos de todo principio de autoridad, proclamado á los cuatro vientos su dogma intangible de la independencia absoluta de toda ley, quieren granjearse la estimación de los Poderes presentándonos como sediciosos. Mas todo el artificio de su insidia queda deshecho con la regla que el Divino Maestro nos legara: «Dad al César lo que es del César, mas á Dios lo que es de Dios».

Y en el cumplimiento de este mandato ¿quién nos argüirá de sedición? Sumisos y respetuosos con los Poderes constituidos en todo lo lícito y honesto, defensores entusiastas del honor de la nación, prontos al sacrificio de nuestras vidas por conservar la integridad de la Patria, generosos y desinteresados en la entrega de nuestros bienes para el sostenimiento de la acción armada..... nos preguntan: «¿Es lícito dar el tributo al César?»

Sí, es lícito; pero es necesario guardar en toda su integridad la ciencia político-religiosa por que se rige la nación, si ha de cumplir su destino y ser feliz. Es necesario dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios para guardar la armonía y acuerdo entre las dos potestades, la Iglesia y el Estado, que nosotros predicamos y practicamos; mas jamás transigiremos con la supremacía del Poder civil, con la absorción de la Iglesia por el Estado, porque entonces os contestamos llenos de arrogancia: No es lícito pagar el tributo al César para que con él haga guerra á Dios.

Dios encargó á los Monarcas del Estado y á los Prelados de la Iglesia, y del mismo modo que el Prelado que invade el Estado con ocultos conatos contradice la orden divina, el Estado ha de guardarse también de arrogarse una autoridad que no le compete.

Esta es nuestra doctrina armónica, conciliadora y pacífica; no se nos tache, pues, de sediciosos y enemigos del César. La intransigencia y el despotismo no tienen cabida en nuestro credo político; son patrimonio exclusivo de los fariseos que llevan por lema de su bandera «Libertad» que no tienen, ni respetan.

Terminaré el presente artículo con una ligera reflexión. La perversidad y astucia de los enemigos de Cristo sólo sirvió para poner de relieve su origen divino y la satánica inspiración que á ellos les animaba. Del mismo modo

la Iglesia, su continuadora, se ve asediada á cada momento por la perfidia de sus enemigos, que buscan con afán todo género de dificultades para hacer su doctrina inconciliable con la razón humana y negarle su origen divino; más en vano. Ella, iluminada por el Espíritu Santo, destruye las objeciones de los adversarios y no hay dificultad que no haya resuelto, proporcionándole un glorioso triunfo.

Este es el carácter divino de la Iglesia, como lo era el de su Fundador.

Fidel.

Toledo, 30 de Marzo de 1912.

Noche y Día.

Vulgarización teológica.

Nada más apetecible para el que se precia de verdadero cristiano que indagar y profundizar en las verdades con que ilumina su inteligencia y enardece su corazón, tanto más en cuanto que hoy con la controversia, con el choque de unas ideas con otras, es menester poseer una regular ilustración cuando menos en materia de religión, ya natural ya positiva, para tener al alcance las respuestas que se deben dar á las objeciones y especiosas falacias de los racionalistas y modernistas teológicos.

Suelen estos investigadores de dogmas y verdades que más ó menos afectan al dogma, decir, cuando se trata de la Pasión del Señor, que para ellos son un misterio los padecimientos que atormentaron á nuestro Redentor durante su vida en esta tierra; y ya se sabe lo que en su lenguaje quiere decir misterio. Su argumento es, que habiendo gozado Nuestra Señora de beatitud durante toda su vida, no pudo padecer ni sufrir ni en el cuerpo ni en el alma, ya que este estado es incompatible con todo género de mal; pues al gozar de la visión beatífica ya posee el alma lo que sacia y llena por completo su apetibilidad, sin que haya nada más que pueda desear ó apetecer. Por el contrario, el dolor, los padecimientos, el sólo estar sujeto á estos males supone un estado de imperfección y de carencia que nos hace apetecer la unión y adhesión con otros seres y objetos que no originen ni causen en nosotros dolor ni padecimiento alguno.



Supone, sin embargo, este raciocinio un principio falso: que no haya distinción entre la beatitud consumada, de cuya fruición no puede gozar el que todavía no se ha despojado del estado que llaman los escolásticos *viatorum*, cual Cristo antes de su Pasión y Resurrección gloriosas, y la beatitud sólo considerada en cuanto á su parte esencial y principal, que fué de la que gozó Cristo en esta vida. Ni se diga, para corroborar la falacia anterior, que el alma, saciada enteramente con la fruición de la beatitud no puede sentir la menor inquietud ni trastorno ni, por consiguiente, ningún género de padecimientos.

De dos modos distintos cabe saciarse el alma con la fruición de la esencia divina.

Es el primero, que gozando el alma de la visión beata, no puede desear ni apetecer la unión con ningún otro ser ú objeto que lleve consigo la separación ó pérdida del bien incomparablemente mayor que para ella representa la unión con la divina esencia. Y en este sentido se verifica siempre la verdad de la aserción discutida. Y así un alma que goce de la visión beata, aunque sólo como hipótesis, fijamos que se ve

atormentada por los mismos padecimientos que nublaron el corazón de Cristo durante los tristísimos días de la Pasión, y si se quiere, más acerbos é intensos todavía, y que para verse libre de tanta tribulación y angustia es menester que renuncie á la visión divina, ¿por ventura esta alma consentiría nunca en verse des-

poseída de la fruición de la esencia divina? Mas, ¿qué digo consentir, ¿acaso podría nunca titubear ó elegir?

Pero cabe otro sentido distinto, el cual ya no se verifica en la persona de Cristo. Y es que de tal modo se sacia el alma con la visión divina, que ya no pueda desear ni apetecer ningún otro bien, aunque éste no sea contrario con la fruición y percepción de la visión beatífica; lo cual únicamente se verifica en la beatitud consumada é íntegra, no de aquella que es compatible con el estado que decíamos antes propio *viatorum*, como fué la beatitud de Nuestro Señor en el instante de sufrir las acerbidades y torturas de la Pasión.

Y que no sea propio de toda visión beatífica el excluir la apetibilidad de cualquiera otra cosa

fuera de la esencia divina, cuando ésta no envuelve oposición ni contrariedad ninguna con la suma bondad, se comprueba evidentemente por el ejemplo de las almas que aun cuando ya están en el cielo, sin embargo todavía apetecen y anhelan la resurrección del que fué y será su compañero, del cuerpo.

No hay, pues, ninguna oposición ni contrariedad en que Nuestro Señor Jesucristo gozara de la visión beatífica al mismo tiempo que experimentaba los trabajos, dolores y agonía acerbísima de la Pasión.



Cual encumbrado monte en cuyas empinadas y airosas crestas, veladas á nuestros ojos, luce resplandeciente el sol difundiendo benéfico calor y vida, á la vez que opaca y espesa nube envuelve en manto de obscuridad y niebla sus laderas y bajas vertientes, así en los días de la Pasión el alma de Nuestro Señor Jesucristo se vió cercada de las tinieblas de los padecimientos y dolores é iluminada por los fulgores y vivos destellos que irradian de la visión beatífica.

Fué noche y día para el buen Jesús su sacratísima Pasión.

Miquelángelo.

¡No llores!

A María dolorosa, mi Madre.

Sobre la cumbre del monte donde tu Hijo agoniza, clavado en toco madero, patíbulo de ignominia pura los fieros judíos que, sin piedad, le asesinan, pero de honor más que humano, porque es de gloria divina, para el hombre cuyas culpas allí fueron redimidas, viéndote estoy, Virgen santa, viéndote estoy, Madre mía, sufrir tan amargamente; tan hondamente afligida que, si pudieran medirse, de seguro no cabrían en los cielos y en la tierra las penas que te aniquilan y tu corazón destrozan y tu alma crucifican como está crucificado el Hijo de tus delicias.

Tú, la Virgen más hermosa, Tú, criatura divina, Tú, el encanto de los ángeles, Tú, del Cielo la alegría, Tú, cuyo nombre bendito es de enfermos medicina, es de los sanos ventura, es de los buenos la dicha, es del infierno el espanto, y es del malo la justicia; Tú, la mujer más excelsa que recibiera la vida de las manos del Eterno, la más pura y más bendita que los mundos contemplaron, pues, de Dios por maravilla, fuiste Tú, Tú solamente, sin pecado concebida; Tú, la Madre de los hombres, Tú, mi Madre, ¡Madre mía! Tú angustiada, Tú sufriendo, Tú llorando, Tú afligida, Tú en la cumbre del Calvario en insufrible agonía.....

¡Oh, basta ya de dolores! Desciende ya de la cima de ese monte donde llores mis propias culpas inicuas; vuelva á brillar de los soles en tu frente la luz viva, vuelva el clavel á tus labios, y la rosa á tus mejillas, y á tu corazón el gozo, y á tu alma la alegría; cierra tus ojos al llanto, ¡no llores más, Madre mía! que si la causa del lloro, que empaña tu faz divina, fueron mis ruines maldades, fueron mis culpas malditas;

desde hoy yo seré bueno,
y tuya será mi vida,
y tuya toda mi alma,
tuyas todas mis delicias,
y tuyo todo mi encanto,
y tuyas todas mis dichas,
y tuyo mi amor entero.....
¡todo tuyo, Madre mía!....
Pero que yo nunca vuelva
jamás á verte afligida,
ni lágrimas empañando
el nácar de tus mejillas,
que yo no quiero que sufras,
yo no quiero que te aflijas,
¡que yo no quiero que illores,
Madre mía, Madre mía!....

Elier de Leyva.

Semana Santa de 1912.

Suscripción plausible.

RELACIÓN de las personas piadosas que hasta hoy han contribuido con donativos para hacer el nuevo manto á Nuestra Señora de la Soledad, en Santas Justa y Rufina.

| | Pesetas. |
|---|---------------|
| D. Eduardo López, dos carretes de hilo de oro de ley. | |
| D.ª Aquilina Moreno Ubide. | 5'00 |
| D.ª Eugenia Moreno Ubide. | 5'00 |
| D.ª Nemesia Bejerano. | 5'00 |
| Una devota. | 2'00 |
| D. Francisco López. | 5'00 |
| D.ª Encarnación Buitrago. | 1'00 |
| D.ª Joaquina Dorado. | 5'00 |
| D. Severiano Ramos. | 5'00 |
| D. Marcelo García. | 5'00 |
| D. León López. | 5'00 |
| D. Francisco Alcubilla. | 3'00 |
| D. José Trepal. | 0'50 |
| D.ª Juana González. | 2'50 |
| D.ª Adriana Cuesta de Arca. | 25'00 |
| D.ª Joaquina Dorado. | 2'00 |
| D. Joaquín de San Vicente. | 5'00 |
| D.ª Nemesia Bejerano. | 5'00 |
| Una devota. | 1'00 |
| D.ª Pilar Recio de García-Patos. | 25'00 |
| D.ª Emma Torrens. | 5'00 |
| D.ª Carmen Roldán. | 5'00 |
| D. Sebastián Martínez Cano. | 25'00 |
| D.ª Dámila Camino. | 1'50 |
| D. Francisco Alcubilla. | 5'00 |
| Cofradía de la Soledad, (año 1909). | 200'00 |
| Cofradía de la Soledad, (año 1910). | 300'00 |
| Cofradía de la Soledad, (año 1911). | 100'00 |
| Una devota. | 1'00 |
| D.ª Nemesia Bejerano. | 5'00 |
| D.ª Tomasa Jiménez de Cuenca. | 5'00 |
| Un devoto de María Santísima. | 25'00 |
| Srta. Avelina Bajatierra. | 3'00 |
| D.ª Regina Herrera. | 2'00 |
| D. Damián Castresana. | 5'00 |
| D.ª Remedios Muñoz de Ledesma. | 5'00 |
| D. Angel Gutiérrez. | 2'00 |
| Una devota. | 2'00 |
| Una devota. | 1'00 |
| Gregorio de Castro y Flores. | 5'00 |
| Una devota. | 5'00 |
| D.ª Antonina Portales. | 5'00 |
| D. Juan González. | 2'50 |
| Una devota. | 2'50 |
| D.ª Francisca Sánchez. | 5'00 |
| D.ª Juliana Morales. | 15'00 |
| Una devota, por la paz entre dos personas que se quieren. | 5'00 |
| C. H. | 2'00 |
| Señora de D. Aniceto del Valle | 2'00 |
| D. Lucas Fraile | 5'00 |
| TOTAL. | 863'50 |

No contando todavía con bastantes fondos para la terminación del manto, que ya se está confeccionando y con el propósito de que se estrene el próximo año, suplicamos á las personas devotas y caritativas contribuyan con algún donativo para ver logrado este fin. Podrán entregarse las cantidades en la Parroquia ó á los señores de la Junta directiva de la Cofradía, bien entendido que este llamamiento se hace no sólo á los vecinos actuales de Toledo, sino también á cuantos lo hayan sido antes de ahora y tengan devoción á la augusta imagen de Nuestra Señora de la Soledad, cuya protección no se limita á los que de cerca se

acogen al amor maternal de su regazo, antes se extiende á todos los que con piedad filial invocan su dulce nombre.

Las Procesiones.

Jueves.

Sale de la Iglesia de Santa María Magdalena á las cuatro y media de la tarde, recorriendo las siguientes calles: Plaza de la Magdalena, Barrio Rey, Zocodover, Comercio, Belén, Plata,

Jardines, Navarro Ledesma, Catedral, Ayuntamiento, Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plaza á la Parroquia.

Exhibense los Pasos siguientes:

Jesús Nazareno, preciosa escultura de estimable valor.

Jesús en la Cruz y María y San Juan al pie de la misma, Paso en el que admíranse detalles importantes de arte.

El Descendimiento, del siglo XVIII.

Nuestra Señora de las Angustias con Jesús en sus brazos, del siglo XVII.

El Santo Sepulcro, del siglo XIX.

Nuestra Señora de la Soledad, hermosa imagen que produce magnífico efecto artístico y

A la Santa Cruz.

¡Oh, Cruz augusta!
Leño Sagrado
donde enciavado
pende mi Amor.
Tú eres el Signo
de la victoria:
Tú eres la gloria
del pecador.

En torno tuyo vuelan, cual aves bulliciosas,
buscando de tus brazos las sombras deleitosas,
las almas inocentes que allí desean morar.
Y tú las iluminas con santos resplandores:
y tú enciendes en ellas suavísimos amores.
y sólo les ofreces dulzuras que gustar.

Tú eres del triste
dulce consuelo:
Divina escala
que lleva al cielo:
Eres el Iris
de la bonanza:
Nuestro refugio:
Nuestra esperanza:
A tu pie brotan,
de aromas llenas,
de las virtudes
las azucenas.

Para conseguir la calma
que hace tiempo huyó de mí,
haz que viva siempre en Tí
crucificada mi alma.

Haz que al cruzar las ondas borrascosas
del negro mar por donde vá perdido,
mi pobre corazón á Tí cogido
pueda encontrar las playas venturosas.

Derrama en mí, Cruz Santa, tus claros resplandores,
¡Que guste al fin mi alma las mieles de tu amor!
¡Que rompa del pecado los lazos seductores
y muera yo estrechando tus brazos redentores
en donde ya me espera mi Dulce Salvador!

J. Peralta Valdívia.

San Vicente, Jardines, Navarro Ledesma (antes Nuncio Viejo), Arco de Palacio, Ayuntamiento, Puerta Llana, Catedral, Puerta Llana, Ayuntamiento, Arco de Palacio, Hombre de Palo, Cuatro Calles, Comercio, Zocodover, Barrio Rey á la Iglesia.

Se exhiben los siguientes Pasos:

La Cena, del siglo XVIII, trece esculturas.
La Oración del Huerto, del siglo XVIII; reformado en este año con una escultura moderna de las dos que tiene.

La Calle de la Amargura y la Verónica, del siglo XVIII; cinco esculturas.

La Crucifixión, del siglo XVIII; cuatro esculturas.

El Calvario, del siglo XVI; tres esculturas.

La Lanzada, del siglo XVIII; cuatro esculturas. Exhibese por primera vez este Paso en el presente año.

Santísimo Cristo de las Aguas, aparecido en el río Tajo, en Toledo, en el siglo XVI; escultura de suprema expresión de dolor.

Las figuras todas que componen los Pasos son de tamaño natural.

El Santo Lignum Crucis, que es llevado en hombros por Sacerdotes.

Viernes.

Saldrá á las cinco de la tarde de la Parroquia Mozárabe de Santas Justa y Rufina, y seguirá por las calles de la Plata, San Vicente,

admiración de todas las personas que la contemplan.

También forman en esta Procesión número considerable de armaduras.

Del elemento militar, eclesiástico y civil asisten Comisiones nutridísimas, y el Ayuntamiento bajo mazas.

La Real é Ilustre Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, organizadora de este religioso acto, también concurre en pleno.

Sección Religiosa.

En la Catedral.

Jueves Santo.—A las ocho y media, Horas, y acto continuo, los Oficios con orquesta, Consagración de Oleos y Procesión con el Santísimo al Monumento pequeño en la Capilla del Sagrario.

Tarde: A las dos y media, Mandato de Captulo; el de los pobres y lavatorio á las tres; después, el Sermón de Mandato, que predicará el M. I. Sr. D. Francisco Frutos Valiente, Canónigo Magistral.

A las cuatro y media, *Maitines*, y á las siete, *Miserere* solemne.

Viernes Santo.—A las nueve, los Oficios, y terminadas las Horas, Sermón de Pasión, que predicará el M. I. Sr. D. Agustín Rodríguez,

Canónigo; Adoración de la Cruz y Procesión con el Santísimo.

Tarde: A las dos en punto, empieza el Sermón de las Tres Horas, á cargo del muy ilustre Sr. D. Francisco Frutos Valiente, Canónigo Magistral.

A las tres y media, *Maitines*.

Sábado Santo.—A las ocho, los Oficios, continuando con la Misa solemne de Gloria, y Bendición de la pila.

Tarde: A las tres y media, *Maitines*.

En los Carmelitas.

Jueves Santo.—Mañana: A las nueve, los Oficios.—Tarde: A las tres, lavatorio de los pies y Sermón de Mandato, y á las cinco y media, Vía Crucis.

Viernes Santo.—Mañana: A las seis, solemne Vía Crucis, y á las ocho, los Oficios.—Tarde: á las cinco y media, Vía Crucis.

Sábado Santo.—Mañana: A las seis y media, los Oficios, siguiendo la Misa solemne de Gloria.—Tarde: A las seis y media, se cantará Salve solemne.

Domingo de Resurrección.—Mañana: A las tres y media, *Maitines* cantados; á las cinco, Misa solemne de la Aurora y Procesión con el Santísimo; á las diez será la coral.

El Sábado Santo, después de los Oficios de la mañana, se dará la Sagrada Comunión á todos los fieles que la pidan, y el Domingo de Resurrección también se dará la Comunión desde la Misa cantada de la Aurora.

En el Real Monasterio de San Clemente.

Viernes Santo.—El Sermón de Soledad estará á cargo del M. I. Sr. Dr. D. Agustín Rodríguez, Canónigo de la S. I. P.

En los Jesuitas.

Jueves Santo.—De diez á once de la noche se hará el Ejercicio de la Hora Santa, dirigido por el R. P. Sinfiriano Fernández.

Viernes Santo.—Al toque de Oraciones, Corona Dolorosa y Sermón de Soledad, que predicará el R. P. Manuel Espejo.

Sábado Santo.—A las cinco de la tarde, Corona Dolorosa, Sermón, á cargo del Reverendo Padre Luis Gonzaga Milagro, Coronación de la Imagen de Nuestra Señora, concluyendo con la Procesión y *Regina Coeli*.

El día 7, cultos del Apostolado y de las Hijas de María. A las siete y media, Misa de Comunión. Por la tarde á las cinco, Exposición, Rosario, Meditación del primer viernes, Sermón, que tendrá el M. I. Sr. D. Gabino Marqués, Capellán de Reyes Nuevos, Cánticos y Reserva.

En Santa Justa.

Viernes Santo.—Terminada la Procesión, Sermón de Soledad, á cargo de D. Ramón Molina y Nieto.

En el Colegio de Doncellas.

Jueves Santo.—Los Oficios, á las nueve; por la noche, á las ocho, Sermón de Mandato, que predicará el mismo Padre Carmelita que ha tenido todos los Sermones de la Santa Cuaresma.

Viernes Santo.—Los Oficios, á las ocho, y por la tarde, á las siete, Sermón de Soledad, por el mismo Padre.

Sábado Santo.—Los Oficios de Gloria, á las siete de la mañana.

En San Nicolás.

Viernes Santo.—A las siete y media de la tarde, Sermón de Soledad, que predicará don Miguel González Alcalde.

En Santo Tomás.

Al toque de Oraciones del Sábado, y en honor de Nuestra Señora del Monte-Sión, se rezará el Santo Rosario, Salve y Motetes.

El Domingo, á las diez, solemne función, con Manifiesto y Sermón, éste á cargo de don Manuel Muñoz de Morales. En todas las Parroquias y Conventos hay Oficios en los precedidos días.